

PEASLEY, William John *The Last of the Nomads*

South Fremantle: Fremantle Arts Centre Press, 1997, 194 pp.
(Reprinted; first published in 1983)

Anna Piella Vila

Este libro narra la historia real de un extraordinario viaje. Y como en la gran mayoría de obras de este tipo, a través del recorrido van apareciendo personajes, paisajes y sorpresas que esta vez, nos trasladan a las áridas y solitarias tierras de Gibson en el corazón del continente australiano. W. J. Peasley, médico y antropólogo, conoce bien la realidad aborigen de las zonas más remotas de Australia y así queda plasmado en el texto. Su interés por la historia de los primeros exploradores blancos le ha llevado a participar en varias expediciones siguiendo las huellas de los pioneros, así como a conocer el territorio del desierto. Su respeto por la cultura aborigen le ha permitido además, acceder a lugares secretos-sagrados de numerosos pueblos aborígenes del oeste australiano y a ser apreciado por sus legítimos propietarios. De no ser así, no habrían acudido a él en busca de ayuda para rescatar a dos de sus miembros.

Este libro es también una historia de amistad: la del anciano Mudjon y su amigos Warri y Yatungka de la tribu de los *Mandildjara*, habitantes tradicionales de la parte más occidental del Desierto de Gibson. En este caso, además, el viaje nos acerca a uno de los episodios más tristes de la historia australiana, la de la ocupación blanca y las dramáticas consecuencias de esa invasión para la población aborigen.

La llegada de los europeos a Australia significó el fin de gran parte de la vida tradicional aborigen —no así de su cultura ni de su identidad. A medida que avanzaban los pioneros y los granjeros, sus reses se iban apoderando de las mejores tierras, las más fértiles, desplazando a los pueblos nativos hacia zonas más marginales. Primero geográficamente, relegando a la población autóctona hacia territorios menos interesantes económicamente para los occidentales y hacia las reservas que se crearon para controlar y excluir a la población aborigen —bajo la máscara oficial de ‘protección’. Y después, socialmente, hacia los estratos menos favorecidos.

El estilo de vida tribal del desierto se basaba en el nomadismo y la explotación de un territorio compartido. El conocimiento del entorno, de la flora y de la fauna es básico para un sistema económico centrado en la caza y la recolección. La supervivencia depende de ese conocimiento, pero no sólo, es importante además respetar y mantener el medio. Por eso existía —y existe— una muy especial vinculación entre los

aborígenes y su territorio, más aún, entre cada individuo y el territorio que le es propio. Ningún Aborigen, ningún *Mandildjara* se sentiría feliz del todo lejos de su tierra y todos ellos desearían poder morir en el territorio que les dió la vida. La supervivencia depende también del grupo, por eso la vida tribal exige unas normas muy estrictas y severos castigos para aquellos que quebranten las leyes. Warri y Yatungka rompieron una de los tabús más importantes: la unión entre personas del mismo grupo matrimonial (la misma mitad)¹. Pero se querían y decidieron huir. Sabían que si se quedaban les esperaba el más duro de los castigos: la muerte. Aunque la huída también era una opción difícil, significaba abandonar su tierra.

La historia de esta pareja —su vuelta al grupo, con todo el temor que ello suponía, y su decisión, más adelante, de permanecer en el desierto a pesar de todos los cambios— refleja la dificultad de sobrevivir sin un grupo. ¿Cómo seguir adelante sin los compañeros de caza?, ¿sin otra mujeres que recojan alimentos? ¿sin la sabiduría ritual de los más ancianos?... En la época tradicional cada individuo, fuera hombre o mujer, era capaz de llevar a cabo todas las actividades necesarias para sobrevivir, al menos por un tiempo, pero era imprescindible la participación del resto de su gente para vivir, no sólo subsistir.

Es ésta también la historia real del coraje y empeño de una pareja, Warri y Yatungka, para seguir viviendo a la manera tradicional en unas circunstancias prácticamente imposibles. Querían seguir viviendo en su tierra, la tierra de su pueblo, la que habían heredado de los seres creadores desde los inicios del tiempo y debían transmitir a sus hijos. Pero estaban solos. El resto del grupo había decidido seguir el camino de los blancos, atraídos por las engañosas posibilidades del mundo occidental y por la novedad de vivir sedentariamente.

Unos cuantos años de terrible sequía hacía temer por su vida. Y ese fue el principal motivo que llevó al consejo de ancianos a pedir al Dr. Peasley, que organizara una expedición en su rescate. Era el verano de 1977. Con habilidad narrativa y sencillez de exposición, el autor nos conduce —al tiempo que avanzan los vehículos 4x4 por el desierto— por la incertidumbre de la búsqueda.

1. El sistema matrimonial de los *Mandildjara* (al igual que el de numerosos pueblos Aborígenes) consistía en lo que en antropología se conoce como 'intercambio directo' entre dos grupos exógamos —mitades— divididos en dos subgrupos —secciones. En este sistema, cualquier persona pertenece a uno de los cuatro subgrupos en que se divide la sociedad y debe casarse preferentemente con una persona del subgrupo al cual no pertenecen ni su padre, ni su madre, ni ella misma. Con estas prácticas matrimoniales se produce un tipo de sociedad en la que finalmente no existen parientes afines (vía matrimonio) porque cualquier hombre o mujer ya está emparentado de antemano con sus posibles cónyuges. Se consigue así disponer de una densa red de interrelaciones reales y parentales que abarca la totalidad de la tribu y facilita la movilidad por todo el territorio.

Hay en el transfondo de este relato además, la historia de una resistencia. A lo largo del proceso de invasión, las comunidades aborígenes desarrollaron distintas formas de lucha: amenazas, ataques siguiendo el estilo de guerrilla, magia, no cooperación o resistencia pasiva y finalmente (actualmente) huelgas, organizaciones reivindicativas y manifestaciones artísticas. Warri y Yatungka decidieron su propia forma de resistencia, rechazando el mundo de los blancos. Pero con la llegada de los europeos y su sistema de vida y de valores no era posible seguir el estilo tradicional aborigen. No había vuelta atrás. Warri y Yatungka lo intentaron y casi perecen en el intento. Los aborígenes lucharon —y siguen luchando— pero perdieron. Aún así no son un pueblo derrotado.

Hay autores (W.E.H. Stanner 1958-59, A. Hamilton 1972) que utilizan el concepto de migración voluntaria para referirse al acercamiento de los pobladores del desierto australiano hacia los nucleos urbanos. Pero como ya señalara H. Reynolds (1978), ¿podemos realmente hablar de un acto voluntario cuando la supervivencia está en juego? Creo que no. La inseguridad y el hambre les empujaron hacia el sistema de vida occidental, les forzaron a aceptar las condiciones. La presión ecológica a resultas de la expansión económica hacía muy difícil, si no imposible, quedarse al margen.

Existían dos posibilidades. Ir hacia los blancos o permanecer en el desierto. Al final descubrimos que sólo una de las dos vías es posible (lo cual no significa dejar de ser aborigen, significa serlo en un entorno hostil).

Cabe destacar finalmente, el valor divulgativo y de reflexión que presenta este libro, tanto para el público en general como para estudiantes y profesionales de la antropología y otras ciencias sociales. A pesar de no tratarse de una obra propiamente etnográfica, esta publicación es de gran interés antropológico. No sólo por la información que aporta sobre grupos étnicos poco estudiados desde nuestro país, sinó también por acercarnos a un proceso histórico, también desconocido: los dramáticos cambios sufridos por los pueblos aborígenes a partir de la invasión europea.

BIBLIOGRAFÍA

- HAMILTON, Annette (1972) "Blacks and Whites: The Relationships of Change", *Arena*, núm.30, p. 41.
- REYNOLDS, Henry (ed) (1978) *Race Relations in North Queensland*, Townsville: James Cook University Press.
- STANNER, W.E.H. (1958-59) "Continuity and Change Among the Aborigines", *Australian Journal of Science*, vol. xxi, p. 101.